

Autor: José Manuel Ramos R.*
Título: La radio comunitaria en México: lecciones aprendidas y claves para el futuro
Ciudad: Santiago de los Caballeros, República Dominicana, 2006
Producción: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, www.c3fes.net
Nota: Este texto puede ser reproducido con previa autorización con un objetivo educativo y sin ánimo de lucro. Esta fue una ponencia escrita para el Coloquio internacional sobre medios comunitarios, participación, sostenibilidad e identidad

La radio comunitaria en México: lecciones aprendidas y claves para el futuro

Me propongo en este trabajo hacer un recuento breve de la evolución de la radio comunitaria en México y, con el ánimo de contribuir al ejercicio de problematización y reflexión que nos convoca, aportar a la discusión sobre la radio comunitaria una mirada desde la experiencia mexicana. A diferencia de lo ocurrido en otros países de América Latina, la radio comunitaria en México tuvo hasta hace poco tiempo un desarrollo bastante limitado. La legislación vigente no da cabida a este modelo y hace solamente una distinción central: “concesiones”, para el sector privado y “permisos”, sin derecho a comercializar el tiempo-aire. Se han dado grandes privilegios al sector comercial, mientras que el “permisionario” está constituido casi exclusivamente por estaciones ligadas a universidades y organismos gubernamentales y representa menos del 20% del total de emisoras (SCT, 2004). Sin embargo, hace poco más de una década comenzaron a surgir radiodifusoras por iniciativas de la sociedad civil, la mayoría de ellas al margen de la ley, que hoy día configuran un fenómeno emergente que debe ser documentado y estudiado. Sin tener precisión en el dato, se estima en más de un centenar este tipo de iniciativas en todo el país.

Tanto por el tema que aborda como por el hecho de que se presenta en el marco de las celebraciones de los cincuenta años de Radio Santa María, este trabajo debe hacer referencia a las experiencias pioneras de radio comunitaria en México, que por muchos años fueron la excepción en un dial dominado por la radiodifusión comercial: las escuelas radiofónicas de la Sierra Tarahumara, orientadas a proporcionar la educación básica a niños indígenas y la conocida “Radio Huayacocotla”, en el estado de Veracruz. Ambas

* Universidad de las Américas, Puebla.

experiencias, ligadas a la orden jesuita, inspiraron su trabajo, entre otras fuentes, en la emisora surgida en esta isla del caribe. La primera de ellas nace poco tiempo después que Santa María y por diversos problemas el sistema deja de funcionar ya iniciados los años setenta (Schmelkes, 1972). “Radio Huaya”, ubicada en una región poblada por campesinos mestizos e indígenas, nace en 1965 como radioescuela, para transformarse después en una radiodifusora “cultural y educativa”. Su presencia en la región que cubre es indudable, aún cuando por mucho tiempo difundió su señal en onda corta y no es sino hasta hace muy poco que obtuvo una frecuencia en FM.

Radio Teocelo, en Veracruz, nació también cobijada por un organismo ligado a esa orden religiosa pero su desarrollo siguió el de una radio comunitaria a cargo de un “consejo ciudadano” (Romo, 1990). Esta estación, agotada y con graves carencias de recursos, presionada por los grupos locales de poder, se mantiene al aire y se distingue por ser la primera legalmente constituida y operada de manera independiente por un grupo de la sociedad civil.

Es factible pensar que gradualmente estas experiencias contribuyeron a despertar el interés en los ámbitos ligados al gobierno y que alguna incidencia tuvieron en las políticas públicas de los años setenta. El hecho es que en esa década, el Estado mexicano se propone no solo emplear los medios comerciales para difundir sus mensajes, sino poseer sus propios medios de comunicación. Surgen así unas cuantas radiodifusoras en regiones campesinas e indígenas, vinculadas a entidades gubernamentales, orientadas por las tendencias de la “radio para el desarrollo”¹.

Pero la política más ambiciosa que se ha emprendido en materia de medios estatales es sin duda el sistema de radiodifusoras culturales indigenistas, iniciado a principios de los ochenta por el organismo destinado específicamente a la atención de los asuntos indígenas: el otrora Instituto Nacional Indigenista (INI), creado en 1951, transformado desde 2003 en Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI). Esta red está constituida por 20 radiodifusoras en AM y 4 en FM, ubicadas en las regiones donde se asientan los grupos indígenas mayoritarios. Tiene una cobertura potencial que alcanza a cerca de la mitad de la

¹ En 1970, el Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital (PIVM) instaló una radiodifusora en Ixmiquilpan, Hgo. El Programa de Desarrollo Estatal del Estado de Chiapas instaló en 1972 la XERA en San Cristóbal de las Casas. Ambas emisoras siguen actualmente un modelo guiado por el estilo comercial.

población indígena del país (6 millones de personas), empleando en su conjunto más de 30 idiomas diferentes (INI, 2000). Paradójicamente, a pesar de ser operada por un órgano del gobierno federal, esta red adopta algunas características de la radiodifusión comunitaria, tales como distintas formas y niveles de participación y un espacio considerable para la emisión de contenidos generados *por* y *para* la misma población (Vargas 1993, 1995).

Con respecto al empleo específicamente educativo de la radio, es preciso mencionar otra experiencia, también de la década de los ochenta, claramente relacionada con los modelos de radio-escuela construidos desde éste y otros países latinoamericanos. El Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, dependiente del gobierno federal, desplegó entre 1983 y 1987 un ambicioso programa nacional de alfabetización, una de cuyas modalidades era, justamente, la “radioalfabetización”. A partir de una serie radiofónica de 102 capítulos que se difundía por la radio comercial, un cuaderno de trabajo y un componente de asesoría personal, se ofrecía la enseñanza de la lectoescritura. Se estima que en cuatro años, casi cien mil personas aprendieron a leer y escribir de esta manera (Ramos, 1990).

En este breve recorrido por la historia de la radio comunitaria en México, debe señalarse la celebración en ese país de la Quinta Asamblea Mundial de la AMARC el año de 1992. Con motivo de los 500 años de la invasión europea, el tema que articulaba la reunión era el de las radios indígenas del mundo. A partir de ese encuentro, se despierta gran interés en el país por la radio comunitaria y la AMARC cobra vigor en América Latina. Se establece una oficina de AMARC en México que promueve el movimiento y comienzan a surgir colectivos de producción, además de que algunas organizaciones dan los primeros pasos para la instalación de emisoras (Ávila, Calleja y Solís, 2001). Para el año 2000, cerca de una decena de emisoras transmitían de forma ilegal en distintas regiones del país. La AMARC emprende entonces un proceso de articulación de estos esfuerzos e inicia una batalla legal para gestionar permisos de transmisión. En un hecho sin precedentes, dado al carácter autoritario de la legislación, tras muchos esfuerzos que incluyeron el acudir a instancias internacionales tales como la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, once emisoras comunitarias logran cubrir los complejos requisitos y entre finales de 2004 y mediados de 2005 obtienen los permisos respectivos. Este arduo proceso se relata a detalle en un libro de reciente aparición publicado por la AMARC, la Fundación Friedrich Ebert y otras agencias (Calleja y Solís, 2005).

El surgimiento más o menos reciente de decenas de radiodifusoras vinculadas a organizaciones indígenas, además de los antecedentes mencionados, tiene relación con la aparición en 1994 del EZLN. Las negociaciones que dieron origen a los llamados “Acuerdos de San Andrés” firmados en 1996 (Hernández y Vera, 2000) y nunca cabalmente cumplidos, plasmaban una serie de reclamos y propuestas, entre las que destacaba una demanda concreta de apropiación de las radiodifusoras indigenistas gubernamentales mencionadas párrafos arriba. Esta apropiación se proponía de forma diferenciada (a “solicitud expresa” de las comunidades), gradual (se trataba de un proceso) y colaborativa (con disposición y voluntad por ambas partes). Aunque el planteamiento era congruente y factible, aún en el marco de la legislación vigente, nunca fue atendido por el gobierno. Sin embargo, por todo lo ancho y lo largo del país, grupos y organizaciones indígenas han estado ejerciendo su derecho a las ondas, haciendo caso omiso de los trámites oficiales de asignación de frecuencia. Particularmente en los estados de Oaxaca y Chiapas, han surgido muchas radioemisoras de este tipo. Algunas mantienen un perfil con énfasis en la revitalización lingüística y cultural, mientras que otras presentan un carácter más radical.

Como puede verse, aunque por mucho tiempo limitada, la radio comunitaria en México cobra vigencia renovada en este inicio del milenio. Conviene pues el esfuerzo por decantar los aprendizajes construidos en medio siglo de esfuerzos. Como investigador y activista de la radio comunitaria, habiendo tenido la oportunidad de ser actor en algunas de las experiencias mencionadas, comparto enseguida algunas reflexiones sobre lo aprendido y las claves para pensar el futuro que de ellas surgen. He agrupado estas reflexiones en seis interrogantes fundamentales, aunque no las únicas, que me parece requieren definición y respuesta para trazar con mayor claridad el camino que habremos de recorrer en los tiempos que vendrán.

1.- ¿Un modelo único?

El fenómeno de los medios de comunicación que se sitúan fuera de los grandes circuitos de la industria mediática y que responden a una lógica de “rentabilidad social” (Gumucio-Dagron, 2000, 2001; Rongagliolo, 1995, 1996) y no mercantil es extraordinariamente diverso. Esta diversidad se refleja en la dificultad de activistas, profesionales y

académicos, por encontrar un término común capaz de englobarla. Tanto desde los países latinoamericanos como desde Europa y Norteamérica, este tipo de medios han sido pensados como “alternativos”, “participativos”, “populares”, “marginales”, “radicales”, “locales”, “comunitarios”, “de acceso”, etc., designaciones cuyas diferencias no son sólo nominales sino que responden a distintos enfoques teóricos y prácticos asumidos a través del tiempo. La tendencia actual es a superar las dicotomías que por mucho tiempo privaron en la teoría y práctica de este tipo de medios, cuando se definía su misión central en oposición a los medios hegemónicos, para dejar paso a la convicción de que ellos favorecen la construcción de ciudadanía, entendida ésta no como un conjunto de derechos y deberes de las personas, sino como el ejercicio de una “política cotidiana” que tiene lugar en las distintas dimensiones de la vida. La acepción del término “medios ciudadanos” propuesta hace unos años por Clemencia Rodríguez (2001) y rápidamente acogido por investigadores y activistas, enfatiza en la capacidad de los medios para propiciar espacios sutiles de cuestionamiento de las relaciones de poder establecidas y para desarrollar formas sustantivas de participación, nuevos significados en los patrones de interacción y nuevos sentidos de la solidaridad y la vida comunitaria.

Pero más allá de la diversidad de expresiones de este fenómeno y de los términos que empleamos para referirnos a él, queda clara la imposibilidad de configurar un modelo “puro”, mucho menos de carácter prescriptivo, y de encontrar en la práctica experiencias que respondan con precisión a él (Gumucio-Dagrón, 2001^a). Hemos aprendido que es sobre todo el contexto el que da contenido a conceptos como “participación”, “organización”, “apropiación”. Lo que en una situación dada puede interpretarse como de una “participación de bajo nivel” (por ejemplo, el envío de cartas a la emisora para solicitar canciones y enviar saludos), en otra puede ser extraordinariamente relevante (cuando se trata de una población mayormente analfabeta, las cartas son escritas en idioma indígena y la radio es, literalmente, el único medio accesible). Los economistas saben muy bien que el valor real de una moneda está determinado por su poder adquisitivo. No es lo mismo un dólar en Manhattan que en la sierra de Oaxaca. Solamente considerando el contexto es posible saber si un medio en particular tiene un papel en el mantenimiento o cambio del orden simbólico establecido.

2.- ¿Impactos, efectos, consecuencias?

Bajo el paradigma desarrollista buscamos durante mucho tiempo valorar el “impacto” de los proyectos. Empleando generalmente indicadores numéricos, deseábamos encontrar evidencias de cambios actitudinales en las audiencias. Después, aprendimos a desconfiar de nuestras escalas y reactivos. Los grandes pensadores latinoamericanos como Jesús Martín Barbero y Nestor García Canclini nos hicieron ver que las audiencias llevan a cabo una apropiación cultural de los productos culturales a los que tienen acceso. Junto a las nociones de mestizaje e hibridación cultural, esta aportación fue fundamental para liberarnos del principio lineal causa - efecto y del pensamiento dicotómico (Escosteguy, A. (2001). Entendimos que era necesario ubicar la problemática comunicacional en el campo “de los conflictos que articula la cultura, de los mestizajes que la tejen y las anacronías que las sostienen, y en últimas del modo en que trabaja la hegemonía y las resistencias que moviliza (Martín Barbero 1991, 240)”.

Los términos “incidencias”, “consecuencias”, “repercusiones” que ahora empleamos, refieren a una relación de causalidad múltiple y sugieren que los medios son sólo un factor más en la dinámica social. Hemos aprendido que el verdadero potencial de los medios comunitarios es el de favorecer cambios en los “sentidos de vida” de las personas, transformaciones sutiles que tienen lugar en las esferas situadas de la vida cotidiana, pero que son de una gran complejidad. Al propiciar cambios en las interacciones sociales y comunicativas, junto a una combinación de factores, los medios son capaces de lograr que las personas y los grupos piensen, sientan, experimenten y reflexionen cosas nuevas en su vida, lo que constituye la materia prima de nuevos sentidos.

Pero hemos aprendido que estos cambios no son fáciles de aprehender y, salvo en raras ocasiones, no pueden ser apreciados en plazos de tiempo cortos (Downing, 2001). Se trata de procesos que ocurren en el plano de lo simbólico y cuya manifestación visible requiere tiempo, a veces lo que toma de una generación a otra. En la investigación que realicé en la región cubierta por la primera radio indigenista, instalada hace casi treinta años (Ramos, 2005), encontré notorias transformaciones en las que la radio ciertamente había tenido un papel, pero que difícilmente podríamos considerar un “efecto” directo de ella.

Por ejemplo, la interiorización del estigma étnico por el cual se desvalorizaba la propia identidad, estaba mucho menos presente que cuando la radio inició, y parecía, por el contrario, haber a florado un orgullo de pertenencia étnica. Esto era claro en aspectos como la conservación y refuncionalización de las lenguas indígenas que pude constatar. Descubrí que de manera independiente de los hábitos de escucha o la audiencia real de la emisora, ésta se había convertido en parte del “patrimonio intangible” de los pueblos indígenas de la región y había jugado un papel fundamental en la reproducción social y en las “estrategias de sobrevivencia” desplegadas por la población. (Canabal, 2001)². Entre las conclusiones de ese estudio, propuse que por un proceso de “sedimentación” ocurrido a través del tiempo y en resonancia con una diversidad de factores, la radiodifusora había contribuido a activar “procesos sutiles de fractura en el orden social, cultural y en las esferas de poder en la vida cotidiana (Rodríguez, 2001, p.xiv)”, que se manifestaban en el mantenimiento de la cohesión social y la reconstitución cultural e identitaria de los pueblos indígenas de la región. La constatación de este fenómeno sólo fue posible adoptando una perspectiva de largo plazo y mediante un enfoque holista que en todo momento integraba al análisis las transformaciones del contexto.

Hemos aprendido, entonces, que los indicadores y escalas cuantitativas son insuficientes para dar cuenta de los procesos que los medios comunitarios se proponen generar o potenciar. Sin embargo, las agencias financiadoras y los gobiernos continúan demandando informes y reportes sobre el impacto de las radios. Y esperan escuchar datos y evidencias que comprueben la relación favorable costo-beneficio.

En este sentido, creo que tanto académicos como profesionales enfrentamos el reto de desarrollar metodologías de evaluación con rigor científico capaces de dar cuenta de la riqueza de estos fenómenos. Acotar muy claramente, sin desecharlo, el dato cuantitativo y ser capaces de interpretarlo en la complejidad de su misma naturaleza. Centrarnos en procesos, no resultados, y hacer un esfuerzo de operacionalización de nuestras premisas teóricas: empoderamiento, capital social, ciudadanía, etc. El valor de este esfuerzo se

² Estas estrategias son definidas como “el conjunto de acciones económicas, sociales, culturales y demográficas que realizan los estratos poblacionales que no poseen medios de producción suficientes ni se incorporan plenamente al mercado de trabajo, por lo que no obtienen de las mismas actividades sus ingresos regulares para mantener su existencia en el nivel socialmente determinado, dadas las insuficiencias estructurales del estilo de desarrollo predominante. (Torres, 1985, citado por Canabal, op. cit., p. 27)”.

reflejará, entre otras cosas, en la capacidad de negociación de los colectivos radiales y en la mejora de su praxis.

3.- ¿Más de lo mismo?

Muchos de los problemas que enfrentan actualmente las radios comunitarias fueron identificados desde hace tiempo. El estudio de ALER sobre la vigencia e incidencia de la radio popular en América Latina (Geerts y van Oeyen, 2001), encuentra una cierta crisis atribuible a una diversidad de factores: el embate de las políticas neoliberales, la concentración de los medios en unos cuantos consorcios, el adelgazamiento de los Estados, la agudización de la pobreza, un cierto repliegue del movimiento popular, al menos tal como se le concebía tradicionalmente, etc. Sin embargo, identifican también algunos factores positivos, como una tendencia a la democratización en algunos países o el surgimiento de nuevos actores sociales. La crisis se expresa en una cierta incapacidad de las radios para renovarse y elaborar las respuestas que reclaman esas nuevas realidades. Sobre todo en las radios más antiguas, se observa una tendencia al alejamiento de sus audiencias, a emplear los mismos temas, géneros y formatos que se emplearon siempre, a “replegarse” hacia dentro de sí mismas, perdiendo la vinculación cotidiana con sus audiencias.

Los problemas están señalados pero me parece que todavía no articulamos propuestas adecuadas para enfrentarlos. Somos conscientes de vivir realidades nuevas, nuevas demandas de públicos nuevos, nuevas tecnologías que permiten nuevos accesos, alcances e interacciones: nuevos retos. Sin embargo, existe el riesgo de que nuestras respuestas sigan siendo las mismas. Desde mi punto de vista, no se trata solamente de una cuestión de oferta radiofónica, formatos, géneros o esquemas organizativos, sino de replantear el “qué hacer” de las radios ante las transformaciones del “medio ambiente comunicacional” en el que viven hoy las personas.

4.- ¿La magia de la tecnología?

Una vez más, el avance tecnológico parece ser más rápido que el desarrollo de nuestra capacidad para aprovecharlo. Seguramente todos conocemos historias de televisores, video- reproductoras, cámaras, que se suponía iban a llevar el conocimiento a los rincones

más apartados de los países en desarrollo, que terminaron abandonados e inservibles en una pequeña bodega de la escuela rural. Y habíamos aprendido ya que la mera “inyección de la tecnología”, sin propósitos, estrategias y contenidos claros, no era suficiente para que las personas se apropiaran verdadera y provechosamente de ella. Sin embargo, tal vez nuestro ímpetu por cerrar la “brecha digital” y prepararnos para la “sociedad de la información”, nos lleva a olvidar que las tecnologías no son, no pueden serlo, fines en sí mismas, sino medios que debieran facilitar la interacción humana y la construcción del conocimiento. Esto se traduce, otra vez, en viejas respuestas para nuevos medios: la computadora y la Internet como libro y depositaria del conocimiento, aprender “de” la computadora y no “con” la computadora, no distinguir entre disponibilidad y acceso. La tecnología en el centro del interés, las personas reales y sus vidas diarias, al margen (Salinas, et. al., 2004).

5.- ¿Convergencia espontánea, forzada o intencionada?

La experiencia ha demostrado que cuando una nueva tecnología de comunicación aparece, no desplaza a las precedentes. Por el contrario, se incorpora a un proceso sinérgico en el que sus potencialidades se aumentan. Por ejemplo, en muchas radios comunitarias el teléfono es un eslabón indispensable en la intercomunicación intra y extrarregional que favorecen, independientemente de cuál de estos medios haya surgido primero en la región. Ambas tecnologías se ven potenciadas ahora con la Internet, que en muchas partes ya constituye otro eslabón en esa cadena intercomunicativa. Sin embargo, considero estas convergencias como “espontáneas”, aunque no por ello sin valor, generadas por individuos y grupos en respuesta a sus necesidades. Es decir, no se trata de una convergencia planificada e intencionada por parte de comunicadores o educadores, sino del ingenio y creatividad de la gente, que sabe hacer el mejor uso de los recursos a su alcance. La convergencia que llamo “forzada”, por su parte, deriva de esa visión de “inyección de tecnología” ya comentada, según la cual se idean usos y estrategias desde las mesas de diseño de proyectos, pero que no corresponden con las realidades de nuestros pueblos. En mi país, por ejemplo, las políticas públicas siguen esta tendencia cuando se ejerce una cantidad impresionante de recursos en la instalación de miles de “plazas comunitarias” o telecentros, muchos de ellos ahora en el abandono, sin un propósito claro más allá de suponer que la ampliación del acceso traería consigo una mejora en los niveles educativos y la calidad de vida, por lo que la comunidad inmediatamente se apropiaría de ellas y se

haría cargo de su sostenimiento (Salinas, et.al., 2006). O peor aún, cuando se dota a miles de escuelas públicas, con un costo enorme, de “Enciclomedias”, proyecto premiado por la UNESCO, que consiste básicamente en un “pizarrón inteligente”, es decir, una gran pantalla que responde al toque de la mano y que en hipertexto conecta con distintos softwares y bases de datos. La tecnología con su poder inmanente. Lamentablemente, esa visión en ocasiones no hace sino incrementar la dependencia hacia los centros proveedores de la tecnología y, lejos de cerrarse, la brecha parece acentuarse.

El reto está en dar una intencionalidad clara a los beneficios potenciales de la convergencia tecnológica. Desde luego que en este terreno han respondido con agudeza a este reto cientos de proyectos de base en América Latina, México incluido, que están a la búsqueda de usos intencionados de la convergencia tecnológica. Los pod-casts que dan una nueva vigencia a la emisión y recepción radial, los weblogs que difunden información que nutre a su vez las emisiones convencionales, enlaces vía Internet entre migrantes y sus poblaciones de origen, plataformas que propician el desarrollo colaborativo de comunidades de aprendizaje, redes que conllevan un importante avance organizativo de la sociedad civil.

6.- ¿Pedagogos, comunicólogos, tecnólogos?

Ante los nuevos retos que enfrentamos, resulta imprescindible para investigadores y profesionales romper las barreras disciplinarias y construir en las fronteras nuevos territorios de búsqueda. Procurar el acercamiento, todavía poco frecuente, entre quienes tienen la visión del uso inteligente de las tecnologías para favorecer la construcción cognitiva y el desarrollo de las habilidades superiores del pensamiento -los educadores-, con quienes enfocan su interés en los nuevos procesos comunicativos que ahora se posibilitan -los comunicadores-, y quienes están dedicados al desarrollo de hardware, software, sistemas de conectividad, etc. - los tecnólogos-. Esta interdisciplinareidad es deseable y necesaria, sobre todo si hemos de romper con la dependencia hacia modelos y estrategias foráneas, y si queremos que las soluciones que propongamos partan de los aprendizajes acumulados en todos estos años.

En cada país, y pudiera decirse que en cada experiencia, los aprendizajes y retos señalados, y otros más, se expresan con distinta intensidad y prioridad. En México, la radio comunitaria debe librar todavía una batalla legal por su reconocimiento, al tiempo que las radios ya constituidas deben renovar sus modos de vinculación con sus audiencias.

La sostenibilidad institucional, económica y social de las radios, como las ha definido Alfonso Gumucio, no podrá alcanzarse sin el compromiso, voluntad e inteligencia de los actores involucrados. Ejercicios como el que nos reúne, siempre que seamos consecuentes con el reconocimiento de nuestros retos y fortalezas, pueden contribuir a enfrentar con éxito las nuevas realidades que amenazan la consecución de un mundo más libre y más justo.

Referencias

- Avila, I., Calleja, A. y Solís, B. (2001) *No más medios a medias*. 2ª. Ed. México: Fundación Friedrich Ebert, Senado de la República.
- Calleja y Solís (2005). *Con permiso. La radio comunitaria en México, México*. Fundación Friedrich Ebert-México, AMARC, AMEDI
- Canabal, C. (2001) (Coord.). *Los caminos de la montaña. Formas de reproducción social en la montaña de Guerrero*. México: UAM, CIESAS, Porrúa.
- Downing, J. (2001) *Radical media. Rebellious communication and social movements*. California, London, New Delhi: SAGE Publications
- Escosteguy, A. (2001) Cultural studies: a Latin American Narrative. En: *Media, Culture and Society*. Vol 23: 861-873
- Geerts, A. y Van Oeyen, V. (2001) *La radio popular frente al nuevo siglo: estudio de vigencia e incidencia*. Ecuador: ALER
- Gumucio-Dagron, A. (2001) *Haciendo Olas. Historias participativas para el cambio social*. Rockefeller Foundation: New York
- Gumucio-Dagron, A. (2001a). *Calle me impure: Myths and Paradigms of Participatory Communication*. Paper presented at the ICA Pre-Conference on Alternative Media: "Our Media, not Theirs". Washington, DC., May, 24th. 2001.
- Gumucio-Dagron, A. (2003) *Arte de Equilibristas: la Sostenibilidad de los Medios de Comunicación Comunitarios*. Ponencia presentada en la Cuarta Conferencia Internacional de Comunicación Social: Perspectivas de la Comunicación para el Cambio Social y Tercer Encuentro Our Media/Nuestros Medios. Universidad del Norte. Barranquilla, 19-21 de mayo de 2003.

Hernández, L. y Vera, R. (2000) *Acuerdos de San Andrés*. México: ERA

INI, (2000) Subdirección de Imagen y Sonido. Información básica del Sistema de Radios Culturales Indigenistas. En: *Estado del desarrollo económico y social de los pueblos indígenas de México*. México: INI

Martín-Barbero, J. (1991). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gili

Ramos J. (2005). Indigenous Radio Stations in Mexico: A catalyst for Social Cohesión and Cultural Strength. *Radio Journal*, Vol 3, 2005 (3)

Ramos, J. (1990). El empleo de la radio en programas nacionales de alfabetización: experiencia de México. *Revista Interamericana de Educación de Adultos*. Vol. 113, Num.1, 1990. OEA-CREFAL.

Rodriguez, C. (2001) *Fissures in the mediascape. An international study of citizens' media* USA: Hampton Press, Inc.

Romo, C. (1990) *La otra radio*. México: Fundación Manuel Buendía, IMER.

Roncagliolo, R. (1995) Latin America: Community broadcasting as public broadcasting. En: Raboy, M. (1995) *Public broadcasting for de 21st century* England: John Libbey Media. / University of Luton

Roncagliolo, R. (1996) *Libertad de expresión radiofónica*, En: *CHASQUI* 56, diciembre 1996.

Salinas, B.; Huerta, G.; Porras, L.; Amador, S. y Ramos, J. (2006). Uso significativo de la tecnología en la educación de adultos en el medio rural: resultados de la aplicación piloto de un modelo. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, No. 27, 2006.

Salinas A., Porras, L., Santos, A. y Ramos, J. (2004) *Tecnologías de Información, educación y pobreza en América Latina. Los Telecentros: conceptos, estudios y tendencias.* México: UDLA, CEEAL, OREALC, Plaza y Valdés.

y Transportes (2004). *Estaciones radiodifusoras concesionarias y permisiona*

Schmelkes, S (1972) Estudio de evaluación aproximativa de las escuela radiofónicas de la Tarahumara, México. En: *Revista del Centro de Estudios Educativos*, Vol 2, no. 2.

Secretaría de Comunicaciones (2004), *Rádios concesionarias y permisionarias en México.* Disponible en: www.sct.gob.mx, recuperado el 20 de marzo de 2004.

Vargas,L. (1993) Informal Telecommunications in Latin America: The Radio Broadcasting of Messages froma and to the Audience. Recuperado el 11 de mayo de 2003 en: <http://www.unc.edu/~lcvargas/>

Vargas, L. (1995) *Social uses and radio practices. The use of participatory radio by ethnic minorities in Mexico* USA: Westview Press